

## Capítulo III.

Los representantes de distintas ordenes de Nhom, aguardaban en el gran salón de mármol blanco. Su vastedad era extraordinaria. El techo, sostenido por monumentales columnas blancas, se difuminaba en su inmensidad. Sus vidrieras, con diseños vegetales traslúcidos, le daban una extraordinaria luminosidad a la estancia. Los motivos hechos de plata, que adornaban el suelo, brillaban con la incidencia de la luz. Todos esos elementos le conferían un ambiente onírico que transmitía quietud y paz interior. La estancia estaba en el interior de un templo dedicado al dios Ull, el dios primordial. Su ubicación era secreta; sólo unos escogidos habían cruzado sus puertas y observado sus misterios. Uno de ellos era el Shagma<sup>1</sup> que se encontraba en el centro de la estancia, donde los guardianes se reunían con el gran maestro.

La mayoría de los habitantes de Nhom compartían la creencia de que dicha piedra era un regalo del dios Tlantos<sup>2</sup>; una reliquia que se perdió hacía seis siglos, cuando su antiguo templo fue destruido, al colapsarse y hundirse la isla donde se hallaba.

Según contaban las leyendas, el Shagma era la puerta al mundo de los dioses. Se decía que para traspasarla había que dejar que la piedra mágica te absorbiera el alma. De forma coloquial se le llamaba "*La Piedra de las Almas*".

Era cierto que quien la tocaba directamente perdía inmediatamente la vida, pues la piedra contenía un poder indescriptible. Una fuerza que ningún ser vivo podía resistir. Pero, evidentemente, nadie regresaba para desmentir el mito. Contradictoriamente, aumentaba los años de vida a los que se sometían prolongadamente a su radiación. Muchas guerras y disputas se perpetraron en su nombre, pues la inmortalidad siempre fue muy deseable para los que no se resignaban a envejecer y morir. Además, no era esa su única cualidad; quienes tenían la habilidad de manejar las fuerzas invisibles veían incrementada su pericia y efectos, con lo cual era muy peligroso que cayera en malas manos.

Esos eran los motivos principales, por el que el número de guardianes era tan elevado y de signo tan diverso, para asegurarse que nadie tenía el control absoluto de la misma. No importaban ni la raza, ni la importancia del culto... todos estaban representados en el círculo interno. Cada miembro, ataviado con una túnica blanca con capucha, llevaba a la altura del pecho el símbolo del culto al que pertenecía. Sin embargo, todos veneraban a Ull, el único; la fuente de todos los dioses.

Ese día habían sido convocados antes de tiempo sin un motivo aparente. Se observaban unos a otros para intentar averiguar por qué se les había llamado. Nadie hablaba. Sólo esperaban.

Por fin se abrieron las puertas doradas occidentales y entró el gran maestro con su comitiva pasando entre las colosales columnas. Toda la atención se centró en él. Sólo se oían sus pasos y el roce de sus ropas al andar.

Se dispusieron en círculo, como era la costumbre, en torno al pedestal en el que estaba suspendido el Shagma a medio metro del suelo.

---

<sup>1</sup> Piedra mágica; Reliquia religiosa

<sup>2</sup> Dios del tiempo.

- Queridos hermanos, os he congregado por que tengo que pedir su consejo... - los murmullos se alzaron. El anciano tuvo que levantar sus brazos para pedir un poco de silencio – como ustedes saben, algunas de las piedras menores han desaparecido...

- ¿Han averiguado algo la comitiva que enviamos para investigar los hechos? – dijo el representante de la orden de Oerslin, dios de la tierra y las profundidades. Recibió una negativa como respuesta -.

- Hace semanas que no nos llegan los informes de la comitiva. Hemos perdido el contacto – las voces de alarma se oyeron en la amplia estancia. El nerviosismo de los asistentes iba en aumento. El gran maestro tuvo que pedir nuevamente que se guardara silencio. El Shagma emitió haces rojizos durante unos segundos. Hecho que pasó desapercibido para la gran mayoría – tampoco nos han contestado las sedes que restaban...

- Eso podría significar que este lugar ya no es seguro – dijo el representante de la Orden de Tlantos, dios del tiempo - que pueden saber dónde se encuentra el Shagma...

- En el caso que supieran cómo utilizarlas... - le respondió el representante de la Orden de Sain, diosa del mundo natural-.

- Me temo que sí tienen los conocimientos – dijo el gran maestro con pesadumbre – son indetectables. O por lo menos no dispongo de las artes necesarias para encontrarlos... por ello, creo que debemos tomar nuevas decisiones. Tenemos que cambiar la ubicación del templo y encontrar las piedras menores.

- Quien tenga en su poder las piedras menores podría estar escuchándonos en este mismo instante – dijo el representante de la Orden de Eleisindiar, el gran espíritu del aire. Sacó de su amplia manga un pañuelo de seda azul y se acercó al shagma con cautela – podría estar mirando desde el otro lado – le colocó el pañuelo por encima con cuidado -.

- Eso ya no será necesario hermano Hinmael – alzó la voz el representante de la orden de Anaxull, la gran energía del mundo sutil. Él y sus acompañantes se echaron el capuchón hacia atrás dejando al descubierto sus cabezas – ya les han encontrado...

Eran cinco hombres, que en un principio parecían representantes de la orden de la Gran Energía y de Odorslim, dios del elemento del agua, pero ninguno de ellos les era conocido. Uno de ellos llevaba el cuero cabelludo tatuado.

Introdujeron sus brazos debajo del sayo que cubría sus amplias túnicas. Se oyeron claramente el desenvainar de espadas a la vez que retiraban sus manos del interior de sus ropajes. Los hermanos se replegaron entorno al gran maestro mientras recitaban un conjuro:

- Es inútil señores, vuestra magia no os salvará... - dijo el que parecía el jefe, el de la cabeza tatuada, mientras se acercaban lentamente.

Empuñaban firmemente el arma con una mano, con la punta del acero hacia al suelo.

Dejaron al descubierto el otro brazo y mostraron las piedras menores que habían robado. Las piedras mágicas que les protegerían de cualquier ataque no

físico de tan poderosos individuos.

- ¿Cómo han podido conseguirlo...? – les preguntó perplejo el gran maestro.

- Creo que carece de importancia en estos momentos para ustedes... esta noche debe ser de celebración, hermanos – a pesar de sus palabras su rostro no transmitía ninguna emoción – van al encuentro del creador...

Limpió el filo de su espada en la túnica del gran maestro. Los cadáveres se extendían a sus pies como si fueran un puzzle macabro de piernas, cabezas y torsos destrozados. El espeso manto carmesí había empezado a cubrir los mosaicos del suelo cuando se dio cuenta de que el shagma emitía sutiles destellos de luz roja.

Se acercó a la piedra preciosa que parecía haber cobrado vida de repente. Sus compañeros también se aproximaron, pero guardaron una distancia prudencial. Lexort no creía en las leyendas que circulaban entre el vulgo, que intentaban explicar algo que se perdió en la memoria de los tiempos. En cambio, creía en los poderes sobrenaturales que expedía el shagma, y las precauciones que se debían tomar cuando se entraba bajo su influjo.

Aunque ninguna parte de su cuerpo expresara la emoción que le embargaba en ese instante, estaba exultante y lleno de satisfacción por un trabajo bien hecho. Después de tantos años la había encontrado y sería suya; que la tuviera que compartir nominalmente con su señor, no le restaba gozo.

Por fin estaba llegando su momento y no lo desaprovecharía. Si ayudar a otros a conseguir lo que deseaban le resultaba beneficioso, ¿por qué no lo iba a hacer?.

Elevó la voz para dirigirse a sus subordinados, mientras contemplaba su obra y guardaba la piedra en un saco de cuero:

- ¡Quemadlo todo!